

CAPÍTULO IV

Su amor a la oración. Interés en formar a los Hermanos en este santo ejercicio

Una de las mayores gracias que Dios me ha concedido –decía el humilde san Francisco de Asís–, es el espíritu de oración; gracias a ella he conseguido todos los demás dones que la divina bondad me ha deparado.

Otro tanto podría haber dicho el Padre Champagnat. Dios le otorgó la gracia insigne de la oración. De este santo ejercicio sacaba la fe ardiente que animaba todas sus acciones y la confianza sin límites que tenía en la Providencia y con la que todo lo conseguía.

Gracias a la oración alcanzó un grado sublime de virtud, ganó almas para Dios y fundó una obra tan útil a la Iglesia.

En la oración vivía como en su elemento, y se entregaba a ella con tal facilidad y gusto que parecía serle connatural. Además de las oraciones comunitarias, de la santa misa y el oficio, dedicaba tiempo considerable a la conversación con Dios. Para ello se levantaba muy de madrugada; pues como a lo largo del día se hallaba tan ocupado, se veía obligado a quitar tiempo al descanso para entregarse a la oración por la necesidad que sentía de tratar con Dios.

En la oración concibió todos los proyectos y realizó todas sus obras. Con la oración iniciaba, proseguía y concluía todo. “Jamás me atrevería a emprender algo sin habérselo encomendado mucho tiempo al Señor –afirmaba–: primero, porque es fácil que el hombre se equivoque siguiendo sus propios criterios o creyendo que las ilusiones son proyectos inspirados por Dios; y, luego, porque nada es posible sin la ayuda y protección del cielo.”

No sólo obraba así en los asuntos importantes; seguía la misma costumbre en los detalles de su conducta, comenzando siempre sus acciones con una plegaria y realizándolas en actitud de oración. Tal es el origen de las piadosas y santas prácticas que tanto recomendó a los Hermanos y que dejó plasmadas en artículos de Regla: cómo iniciar las clases con una oración; encomendarse a Dios cada vez que hay que tratar con una persona, antes de castigar a un alumno o al dar el aviso fraterno; rezar con frecuencia oraciones jaculatorias y hacerlas tan habituales que transformen el trabajo en oración y prolonguen¹, a lo largo del día, la meditación matinal.

En los peligros, en las situaciones comprometidas, la oración era para él puesto seguro. Por eso casi empalmaba una con otra las novenas en comunidad², y, no bien había terminado una, ya encontraba motivos para empezar la siguiente³.

Urgía continuamente a los Hermanos a rezar, y a rezar con fervor, y tenía tal confianza en el poder de la oración que no temía afirmar: “Estoy convencido de que seremos escuchados y que, suceda lo que suceda, los acontecimientos redundarán en beneficio nuestro.”

Convencido de que la oración es para el religioso el medio más adecuado para adquirir las virtudes de su estado, trabajar en la propia santificación y en la de aquellos que le están encomendados, quiso que los Hermanos consagrasen a la oración tiempo considerable y tuvieran muchos ejercicios de piedad.

Hubo quienes no eran partidarios de imponer a los Hermanos el rezo del oficio de la Santísima Virgen, y aducían como razones:

1.º Que la enseñanza es muy dura y los Hermanos, que ya habían tenido que hablar mucho en clase, terminarían agotados con el rezo del oficio y arruinarían su salud.

2.º La escasa utilidad de su rezo, porque los Hermanos no entendían el latín.

El Padre les respondió: “Estoy convencido de que el oficio de La Santísima Virgen es un consuelo, un alivio para los Hermanos y no una sobrecarga, ya que pueden salmodiarlo con un moderado tono de voz y paseando. Para ellos es una satisfacción unirse a tantas congregaciones religiosas y fieles piadosos que ofrecen esta alabanza a María. Por lo que se refiere a que no comprenden el latín, es verdad: pero lo comprende Dios, y no por eso la oración le será menos grata, si lo acompañan el espíritu interior y la intención del corazón.

También le objetaron que los niños sacaban poco fruto del rezo del rosario, que repetían maquinalmente las avemarías, sin darse cuenta de lo que decían, y, por lo tanto, era tiempo perdido.

“Los niños que gritaban *Hosanna al Hijo de David* –replicó–, ¿sabían lo que decían? Y, sin embargo, su oración agradó tanto a Jesucristo que la elogió públicamente y afirmó que de la boca de los niños recibe Dios la más perfecta⁴ alabanza. Si los niños no tienen la devoción y el fervor de las personas mayores, tienen, en cambio, más sencillez e inocencia; por eso su oración es tan grata a Dios.”

En los orígenes del Instituto, había prescrito numerosas prácticas de piedad que luego se vio obligado a suprimir, al menos en parte, porque sobrecargaban a la comunidad y no todos los Hermanos las podían cumplir. Entre otras: hacer diariamente varias visitas al Santísimo Sacramento⁵, que redujo a una sola al día; pasar la última hora del año que termina y la primera del que comienza en oración; los seis domingos en honor de san Luis Gonzaga; en fin, diversas oraciones que se añadían a los rezos habituales o que cada cual practicaba en privado.

Pero le gustaban, sobre todo, las oraciones litúrgicas; las prefería a todas las demás. Por eso estableció las procesiones de rogativas; celebraba, según el ritual, incluso las fiestas suprimidas por el Concordado de 1801, y cantaba los oficios de la víspera de Navidad y los de la Semana Santa. Al principio recaía casi exclusivamente sobre él el canto de los oficios, porque los Hermanos, además de ser pocos, no estaban preparados para ayudarlo. Sin embargo, los cantaba íntegros y con la misma solemnidad que en las iglesias más importantes.

* * *

Continuamente recomendaba a los Hermanos que orasen por los niños que les estaban confiados. “Haréis mayor bien –les decía– con la oración que con cualquier otro medio. Un Hermano que se limite a instruir a sus alumnos, cumple sólo con la mitad de su cometido; si quiere cumplirlo totalmente, debe, además, orar continuamente por ellos, es decir, no dejar de encomendarlos a Dios cada vez que se presente ante él. Debe orar sobre todo por los más difíciles, por los que más le cueste formar en la virtud o tengan mayores dificultades. Puede que un Hermano no tenga grandes dotes intelectuales para dar la catequesis, para mantener la disciplina entre los alumnos e instruirlos a su gusto, pero siempre puede orar por ellos. Y con esto, les será realmente útil y alcanzará ascendiente sobre ellos, ganará su confianza y lo escucharán con atención. Y es que no hay nada mejor que la oración para conseguir la docilidad de los niños. Por eso, algunos Hermanos me han confesado que, desde que se han impuesto el deber de orar mucho por sus alumnos, consiguen de ellos lo que quieren.”

La caridad del Padre Champagnat alcanzaba a todos los hombres. Incesantemente pedía a Dios misericordia para todos. Oraba por los pastores de la Iglesia, por la conversión de los pecadores y paganos, por los alumnos de las escuelas y, especialmente, por los miembros de la congregación. Diariamente consagraba los Hermanos a la Santísima Virgen, y presentaba continuamente a Dios las necesidades de cada uno.

“Quiero tanto a los Hermanos –decía confidencialmente a alguien–, y anhelo su salvación con tanto ahínco, que no me canso de orar por todos ellos y presentárselos constantemente a Nuestro Señor y a su santa Madre.”

Un día le hablaban de un Hermano joven⁶ que sufría graves tentaciones. “¡Pobre Hermano! – exclamó–, no me acerco un solo día al altar sin dejar de encomendarlo con insistencia a los sagrados Corazones de Jesús y de María. ¡Pobre Hermano, cómo deseo que Dios lo bendiga y lo libre del pecado! En ninguna de mis oraciones me olvido de pedir para él esa gracia.” Y lo que hacía con aquel Hermano, lo hacía igualmente con cuantos se hallaban en la misma situación.

* * *

Ponía sumo empeño en inspirar a los Hermanos amor a la oración, en hacerles comprender su necesidad y ventajas, y en formarles en tan santo ejercicio. En sus instrucciones, no se cansaba de insistir en este tema, que denominaba *el punto capital*.

En su opinión, tener el don de oración equivale a poseer todas las virtudes. Y desarrollaba así su pensamiento:

“Si Dios os otorga la gracia de la oración, os concede por el mismo hecho todas las virtudes, pues podemos decir de la oración lo que Salomón decía de la sabiduría: *Con ella me vinieron todos los bienes*⁷. No es posible, en efecto, conservar a menudo con Dios sin impregnarse de su espíritu, sin asemejarse a él por la imitación de sus virtudes. Por eso siempre he comprobado que quien posee el espíritu de oración, tiene también el espíritu de obediencia, de mortificación y celo y trabaja con empeño en conseguir la perfección.

Los Hermanos piadosos son las columnas del Instituto, y cualesquiera que sean sus talentos, fuerzas y salud, son útiles en todas partes, porque llevan consigo el buen espíritu y Dios bendice cuanto se les confía. Por algo san Pablo dice que *la piedad es útil para todo*⁸. La piedad no sólo engendra virtudes; nos consigue también acierto en los asuntos temporales. Si Dios bendice al Instituto, se debe a este o aquel Hermano, quizá considerados inútiles porque tienen escasas dotes o están enfermos, pero que son los predilectos de Nuestro Señor y de su santa Madre por su piedad sólida.

Por el contrario, un Hermano que carece de piedad, no hace nada bueno, ni para él ni para los demás; es incapaz de obrar el bien, porque carece de los *medios necesarios* para realizarlo: la oración y la unión con Dios. Más aún, una larga experiencia me ha demostrado que un Hermano sin piedad *es un hombre que no vale para nada*; siempre se halla fuera de lugar, es un estorbo para todos. Tal vez os sorprenda mi modo de hablar, pero no resulta difícil de entender. Sin piedad es imposible amar la vocación ni entregarse con empeño al trabajo; sin piedad no hay virtud. Ahora bien, un hombre sin virtud, que desempeña mal su oficio, que lo cumple por motivos humanos y que no se encuentra a gusto en su estado, resulta inevitablemente una carga para la comunidad. En vez de serle útil, la perjudica y paraliza los esfuerzos de los demás.”

Nada afligía tanto al piadoso Fundador como ver que, con cualquier pretexto, los Hermanos faltaran a los ejercicios comunitarios. Consideraba esa falta como una de las más peligrosas. En una de sus instrucciones se expresaba de este modo: “¡Cómo vais a estar satisfechos, cómo gozar de paz, cuando habéis omitido vuestros ejercicios de piedad? ¿Acaso no sabéis que la meditación, la santa misa, el oficio, el rosario y la lectura espiritual son el consuelo de los buenos religiosos; que no es posible ser feliz en comunidad descuidándolos? ¿No habéis aprendido por experiencia que vuestras caídas, más lamentables has sido precedidas del descuido en la oración, y que los días que hacéis mal los ejercicios de piedad están llenos de faltas? Convinceos de que el lazo más funesto que puede tender el demonio a las almas para llevarlas a la perdición es apartarlas de la oración; pues sabe que abandonar tan santo ejercicio es caer infaliblemente en la tentación.”

Como dejó consignado en la Regla, quería que quien no hubiera podido asistir a los ejercicios con la comunidad, buscara tiempo para hacerlos en privado⁹. Y lo justificaba,

diciendo: “Cuando no habéis podido estar en la comida con los demás Hermanos, no por eso dejáis de comer, y, por muy apurados que estéis, siempre encontraréis tiempo para poder dar al cuerpo el alimento necesario; ¿por qué no hacer lo mismo con vuestra alma? ¿La apreciáis menos que al cuerpo? Un Hermano, por absorbentes que sean sus ocupaciones, siempre puede encontrar tiempo para hacer sus ejercicios de piedad.”

Por otra parte, nada puede dispensarle de este deber, que es el más importante y debe primar sobre cualquier otro. Nunca me ha cabido en la cabeza que un Hermano pueda dejar el oficio, el rosario o cualquier otra oración, y aducir como disculpa que no ha tenido tiempo para ocuparse de estos ejercicios. Si no podéis hacerlos en el oratorio de rodillas, hacedlos mientras trabajáis, caminando o mientras acompañáis a los niños. Nunca, ni cuando era coadjutor, ni de viaje, me ha faltado tiempo para rezar las oraciones. En ninguna ocasión he oído decir a un sacerdote que no había encontrado tiempo para rezar el oficio. Sin embargo, ese oficio es mucho más largo que el vuestro, y las ocupaciones de un sacerdote, mucho más numerosas que las de los Hermanos.”

En efecto, ocurría con frecuencia que el buen Padre estaba ocupado todo el día; entonces sacaba tiempo del recreo o del sueño para rezar el oficio o las demás oraciones. En los viajes ocupaba el tiempo con el rezo del breviario y el rosario, en hacer algunas lecturas espirituales, y, cuando iba solo, cantando himnos religiosos. Incluso confesaba que le gustaban los viajes porque le dejaban más tiempo para meditar y orar que los días normales.

Los ejercicios de piedad que consideraba más importantes y por los que sentía predilección eran la meditación y la santa misa. Quería que, incluso en los viajes, se oyera misa y se recibiese la comunión siempre que fuera posible.

“Para el Hermano que tenga espíritu de fe –decía–, tiene que ser un inmenso sacrificio no poder oír misa todos los días. El que la pierde por su culpa, por dedicarse al estudio o a cualquier otra ocupación que no sea indispensable, manifiesta que nada le importa su perfección y que no ama a Jesucristo. La santa misa, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, en una palabra, la divina Eucaristía, es la fuente de la gracia. Ésa es la primera y más necesaria de todas las devociones, la que nos proporciona mayores beneficios y consuelos. ¡Qué pena me dan los que no comprenden esta verdad!”

* * *

La meditación le parecía tan necesaria, que estaba convencido de que el religioso que la descuida no puede alcanzar la perseverancia en su vocación. Así se expresaba sobre este tema:

“Si la tierra, en palabras del profeta, está llena de desolación y crímenes, es porque los hombres no meditan¹⁰ la ley de Dios. Del mismo modo, porque hay pocos hombres de oración en las comunidades, existen tantos abusos y defectos y tan poca virtud.

La vocación religiosa es el tesoro escondido en un campo¹¹ del que habla Nuestro Señor. Pues bien, por la meditación se descubre ese tesoro¹²; por ella se calibra su precio y excelencia; en la meditación se toman los medios para conservarlo y hacerlo fructificar. El que no medita, no conocerá jamás el valor de ese tesoro: no le prestará atención y, si lo menosprecia, cuando le sobrevenga la primera dificultad, a la primera tentación que se le presente, abandonará la vida religiosa, perdiendo así este tesoro.

La meditación, la oración, la gracia actual, la gracia habitual, la perseverancia en la vocación y la eterna salvación, son seis eslabones engarzados, que dependen uno del otro. Sin meditación, no hay oración; sin oración, no se lograrán las gracias actuales; sin gracias actuales, es imposible resistir a las tentaciones, ni conservar la gracia habitual, y, por lo tanto, la vocación. El pecado mortal, que es la muerte del alma, mata al mismo tiempo la vocación y destruye los cimientos mismos de la salvación. ¡Ay, cuántos jóvenes han sufrido la amarga experiencia de esta verdad! Pero ocurre precisamente

lo contrario a quien es fiel en meditar las verdades eternas. La meditación les infunde amor y gusto por la oración, porque les descubre su necesidad y ventajas. La oración les consigue abundantes gracias actuales con las que pueden resistir a las tentaciones, evitar el pecado, mantenerse en estado de gracia, conservar su vocación, practicar la virtud, asegurar la perseverancia en el bien y trabajar en la salvación¹³.

En mi opinión, ser auténticamente piadoso equivale a ser buen religioso, pues un buen religioso es necesariamente hombre de oración, y un hombre de oración es siempre un santo religioso. Pero no olvidemos que sólo por la meditación de las verdades eternas se puede alcanzar sólida piedad.”

Estaba tan persuadido de la eficacia de la oración mental, que dijo a varios Hermanos¹⁴: “Si sois fieles a la meditación, respondo de vuestra salvación y os garantizo que tarde o temprano llegaréis a ser buenos religiosos.”

No exageraba al pensar de este modo. Varios santos piensan igual:

“La oración mental y el pecado –afirma san Alfonso de Liguorio¹⁵– no pueden convivir bajo el mismo techo. Quienes hacen meditación, caen rara vez; y si caen, se levantan con prontitud.”

“Se puede asegurar –añade santa Teresa¹⁶– que un alma que persevera en el ejercicio de la oración no se puede perder; por muy grandes y repetidas que sean sus caídas, por fuertes y continuas que sean las tentaciones con que la asalta el demonio, tarde o temprano Dios la libraré del peligro y la llevará al cielo.”

* * *

Las instrucciones del piadoso Fundador acerca de la oración contribuían a inspirar gran confianza en Dios. He aquí algunos de sus pensamientos:

“Cuantas más gracias se piden a Dios, más se consiguen. Pedir mucho a los hombres es la mejor manera de no conseguir nada; para obtener algo, hay que ser parcós en pedir. Pero con Dios hemos de obrar de forma distinta: pedirle favores es la mejor manera de honrar su grandeza y su bondad. Así como se ofendería un rey poderoso si se le pidieran unos centimillos, del mismo modo pedirle poco es en cierto modo despreciar a Dios y desconocer su poder y bondad. Por muy rico que sea un hombre, se queda sin lo que da, y su don, por mínimo que sea, disminuye sus riquezas. Con Dios es distinto: son tales sus riquezas, que no pueden agotarse; tan liberal que jamás se cansa de dar. Para él, en cierto modo, es una necesidad conceder gracias a los hombres. Además, cuanto nos concede sigue siendo posesión suya; al contrario de los hombres, nos enriquece sin deshacerse de sus bienes. Incluso puede decirse que aumenta sus riquezas al colmarnos de favores. En efecto, las gracias que nos concede, que, al estar ocultas, como sepultadas en el seno de su misericordia, en nada contribuían a su gloria externa, lo glorifican en cuanto llegan a nuestras manos, a causa de las buenas obras que realizan por medio de nosotros.

Nunca se ha mostrado Dios tan grande y generoso con los hombres, como cuando ha usado con ellos de misericordia. David, que conocía el corazón de Dios, se dirigía a él diciendo: Perdona mi culpa, que es grave¹⁷, y resplandecerá tu gran bondad. De ese modo, lo que habitualmente suele desalentar a los hombres –graves delitos, grandes necesidades– era para aquel santo Rey el mayor motivo de confianza, porque tenía alto concepto de Dios. Terminó insistiendo: pedir poco a Dios es un modo de no conseguir nada. Si queremos complacerle, pidamos mucho, pidamos cosas grandes; cuanto más larga sea la letanía de peticiones, más grata le resulta y antes seremos escuchados.”

Para formar a los Hermanos en la piedad, no se conformaba con hablarles a menudo de ella en las instrucciones; mantenía, además, frecuentes conversaciones personales con ellos sobre este tema fundamental, les pedía cuenta de la meditación y del cómo

practicaban los demás ejercicios. En una de estas conversaciones, un Hermano le manifestó que para él no había nada tan difícil como la oración, y que en ningún otro momento sentía tantas tentaciones. “No se sorprenda –le respondió el buen Padre–, el demonio sabe muy bien los grandes beneficios que se consiguen en la oración; prevé las gracias extraordinarias y las virtudes que Dios quiere concederle mediante ella; por eso desata su furia contra usted y le suscita tales tentaciones. No se asuste ni se desanime: esta prueba es un feliz presagio. Combatir las distracciones, resistir a las tentaciones, soportarlas con paciencia, ya es oración; más que oración, es practicar la virtud, o, mejor, practicar una serie de virtudes.”

Otro Hermano le confesó que le costaba mucho ocupar el tiempo de la meditación y que no sentía la menor devoción. El Padre le contestó:

“El motivo es que vive disipado durante el día. Nunca se concentra en sí mismo e ignora sus propios defectos y las necesidades de su alma. Si hiciera mejor el examen particular, oraría mejor. Fíjese en cómo reza el santo rey David: Dios mío –exclama–, soy pobre y ciego; estoy lleno de vicios¹⁸, las miserias me rodean por doquier; la corrupción ha penetrado hasta la médula de mis huesos. Habla así porque conocía sus necesidades. Y las conocía, porque a menudo entraba en sí mismo. Usted se encuentra vacío de virtud, está lleno de defectos, ¡y dice que no sabe qué hacer durante la meditación! Presente a Dios sus defectos y dígame: Dios mío, aquí tienes a un hombre superficial, orgulloso, perezoso, sensual, inconstante. ¡Ah, Dios mío!, diariamente caigo en éstos y en muchos otros defectos. Diariamente te ofendo de pensamiento, de palabra, con mis ojos, con mis oídos, con todos los sentidos. ¡Oh Jesús!, cura las heridas de mi alma, perdona mis pecados. Ya ves que no tengo ni humildad, ni modestia, ni obediencia, ni mortificación, ni celo, ni piedad; concédeme todas estas virtudes y, sobre todo, tu santo amor. Haga este ejercicio diariamente y le aseguro que muy pronto llegará a ser un Hermano excelente y verá cómo no le cuesta ocuparse durante la meditación.”

Una vez, al terminar la meditación, el Padre preguntó al Hermano Lorenzo cómo había empleado el tiempo. El buen Hermano le respondió con una encantadora sencillez:

– Ha acertado usted, Padre; sin duda, Dios le ha inspirado que me pregunte para castigarme, pues hoy no he hecho nada, porque me olvidó del tema de la meditación. Sin embargo, para ocupar provechosamente el tiempo, se me ocurrió imaginarme a san Juan Francisco Regis¹⁹ postrado noches enteras a la puerta de las iglesias para adorar a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Me pasé el tiempo contemplando al santo en esa actitud. Y me dije: Ése sí que no olvidaba el tema de la meditación, pues le ocupaba toda la noche, mientras que yo no tengo ni para unos minutos.

– Está bien, Hermano Lorenzo –le dijo el Padre–; así debe hacer cada vez que lo olvide.

Concluyamos con unas palabras del piadoso Fundador, que de algún modo pueden resumir la idea que tenía de la oración y que nos darán a conocer la importancia que atribuía a la piedad:

“Los Hermanos piadosos –decía– son hombres maravillosos; nunca podremos apreciarlos suficientemente: ellos son el cimiento del Instituto; cuantos más tengamos, más pujante estará la congregación y mayores bendiciones atraerá de Dios.”

¹“No deben contentarse con esta media hora de meditación, sino que han de prolongarla a lo largo del día, por el recuerdo de la presencia de Dios y la práctica de oraciones jaculatorias” (Regla de 1837, cap. II, art. 2, pág. 15). “Antes de responder a las preguntas de los padres acerca de la conducta de sus hijos, deben elevar el corazón a Dios diciendo: Señor, di en mi lugar lo que te es grato y pueda redundar en tu gloria” (Regla de 1837, cap. V, art. 18, pág. 42).

²Carta al Hermano Bartolomé, de 1.º de noviembre de 1831 (LPC 1, doc. 24, páginas 72-73).

- ³ P.S. de la carta al Hermano Dionisio, de 5 de febrero de 1838: "... Cuando hayan terminado la novena que están haciendo, empiecen otra a mis intenciones. Que la hagan también todos los niños" (LPC 1, doc. 168, pág. 333).
- ⁴ Mt 21, 15-16.
- ⁵ La Regla de 1837 recomienda la práctica de la visita al Santísimo Sacramento:
-Después de la clase de la mañana, cap. II, art. 19, pág. 20; con los niños para enseñarles cómo hacerla con respeto y devoción, cap. IV, art. 13, pág. 37.
-Al llegar a la casa madre, cap. VIII, art. 7, pág. 56.
- ⁶ Seguramente, el mismo Hermano Juan Bautista que en 1839 era director de Saint-Pol-sur-Ternoise y que tenía como ayudante al joven María Lorenzo, que por entonces atravesaba momentos difíciles y a quien el P. Champagnat escribe una carta llena de compasión, el 8 de abril de 1839 (LPC 1, doc. 249, pág. 479).
- ⁷ Sb 7, 11.
- ⁸ 1Tm 4, 8.
- ⁹ "No podrán dispensarse del oficio, a menos que exista grave enfermedad o permiso explícito del Superior" (Regla de 1837, cap. II, art. 4, pág. 16).
- ¹⁰ La falta de reflexión es una de las principales causas de los males que suceden en el mundo, según las palabras de Jeremías: "Toda la tierra se halla desolada con desolación universal, porque no existe nadie que haga reflexión alguna en su corazón... La tierra se halla desolada porque no hay casi nadie que entre dentro de sí mismo, que medite en su espíritu los misterios inefables de la religión y las infinitas bondades de Dios" (PPC, parte primera, tratado V, cap. 8, "De la necesidad de la meditación", pág. 302).
- ¹¹ Mt 13, 44.
- ¹² "Y quien sabe pesar y reflexionar estas cosas, se desengaña fácilmente de todo lo demás, y se decide a abrazarlas; y conociendo perfectamente de qué valor es la piedra preciosa que ha hallado, nada más le interesa, vende cuanto tiene y la compra" (PPC, parte primera, tratado V, cap. 9, "Ventajas que podemos sacar de la meditación", pág. 306).
- ¹³ Flp 2, 12.
- ¹⁴ Sobre todo al Hermano Eutimio (LPC 1, doc. 132, pág. 223).
- ¹⁵ "La oración mental y el pecado no pueden vivir juntos. La experiencia demuestra, en efecto, que quienes se entregan a la oración difícilmente caen en desgracia de Dios; pero, si por desdicha les acontece caer, entrarán pronto en sí mismos y se convertirán a Dios si no abandonan la oración" (ALFONSO DE LIGORIO, La religiosa santificada, t. 8, cap. XV, 1, VI, pág. 407).
- ¹⁶ "Pues para lo que he tanto contado esto... es para que se entienda el gran bien que hace Dios a un alma que la dispone para tener oración con voluntad... y cómo, si en ella persevera, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras que ponga el demonio, en fin, tengo por cierto que la saca el Señor a puerto de salvación, como, a lo que ahora parece, me ha sacado a mí" (SANTA TERESA DE JESUS, Vida, 8, 4, BAC 212.50).
- ¹⁷ Sal 24, 11.
- ¹⁸ Sal 38, 5-11.
- ¹⁹ El párroco de Saint-Bonnet-le-Froid "le encontró a la puerta (de la iglesia) de rodillas, con las manos juntas y la cabeza descubierta, a pesar de que soplaba un cierzo violento... Regis siguió pasando las noches en la iglesia, a pesar del rigor del invierno insoportable de aquel año" (DAUBENTON, Vida, libro IV. Lyon, 1803).